La importancia de la Educación en valores

Giséle Velarde La Rosa



Los valores son 'conceptos-guía', cuya relación por parte de ser humano hacen la vida mejor.

El tema que desarrollo, sólo puede ser abordado en la medida en que esclarezcamos las preguntas que le son sustanciales: ¿qué es un 'valor'?, ¿dónde reposa su validez?, ¿qué significa 'educar en valores'?, ¿tiene sentido hablar de una educación en valores en el Perú?, ¿se pueden aprender los valores o son inherentes al ser humano y se trata sólo de descubrirlos en nosotros? Estas son las interrogantes fundamentales que trataré de explicar, con miras a su justificación.

Los valores y la ética: naturaleza y sentido

La primera pregunta es aquella que indaga por el valor: ¿qué es un 'valor'?, ¿qué hace que 'algo' se considere como un valor? Pensemos en valores reconocidos por todos: la honestidad, la veracidad, la sinceridad, la justicia, el respeto, la integridad, la valentía. ¿Qué tienen todos estos conceptos en común? Más preciso: ¿cuál es el 'común denominador' de los comportamientos que sustentan, o dan vida, a estos conceptos, sin los cuales estos términos sólo serían palabras vacías? El común denominador aquí es que todos estos conceptos tienen como correlato, comportamientos o acciones que *permiten*, *mejoran* y *engrandecen* la vida humana. Los 'valores', entonces, –también llamados 'virtudes' o 'ideales'– se caracterizan por ser 'conceptos-guía' cuya realización por parte del ser humano hacen la vida mejor, digna de ser vivida.

Podemos así, definir un 'valor' como *aquel concepto-guía de la conducta humana que apunta a la realización de una vida buena y feliz*. De allí, que



consideremos 'buenas' o 'morales' las conductas que dan muestra de la verdad o que respetan al otro y que descartemos como 'malas' o 'inmorales' las que fomentan la mentira o que denigran a los demás, entre otras. Vale decir, que el reto de la ética está en conciliar los intereses de la sociedad con los del individuo, de manera tal que, el actuar individual y particular, se reconozca en la mayor medida posible dentro de la moral social.

Detengámonos ahora en este tema de la 'vida buena' o de la 'vida feliz'. *Establecer una vida 'buena' o 'feliz' es el objetivo de la ética* y los valores son entonces los 'conductos' que nos llevan a ella. Lo que la ética –o la moral– busca como disciplina, a través de las distintas teorías que la componen, es que los seres humanos alcancemos una realización plena a lo largo de nuestras vidas. Esa realización plena, o moral, fue inscrita en ciertos conceptos que constituyen el *telos* o finalidad de las acciones humanas. Estos conceptos son: 'el bien', 'la felicidad', 'la justicia', 'la dignidad' y 'el sentido de la vida', más allá del significado atribuido a estos conceptos, en las diferentes épocas y culturas. Comparativamente, podemos decir que así como la 'acción buena' es el correlato del 'valor'; la 'vida feliz' es el correlato de la 'ética'.

Sobre la ausencia de ética en los peruanos

La razón principal por la que a los peruanos, nos es difícil seguir valores es porque somos un país que *ha heredado la autonomía* propia a la modernidad occidental, *pero no la ha hecho propia.* Es decir, no somos, nosotros mismos, autónomos –racional y emocionalmente autónomos–. Esto es fácil de percibir si revisamos la manera cómo aprendimos en general y cómo recibimos los valores en particular: a la mayoría de los peruanos, nos trasmitieron los valores por tradición (familia, colegio, iglesia) y de una manera memorística, o irreflexiva, y hasta impositiva.

Esta forma acrítica y pasiva de transmisión de valores, que implica la enseñanza memorística, nos dificulta seguirlos o que los quebrantemos con facilidad, pues no *interiorizamos* la *necesidad de* tener valores –de tener normas-, lo cual es un paso *previo* al establecimiento y seguimiento de un valor. Primero, debe surgir *la conciencia de la necesidad* de la norma, del valor, para que después surja el valor, o la norma específica, y podamos finalmente seguirla. Estas carencias explican por qué los valores se nos presentan cada vez más como conceptos vacíos que poco, o nada, tienen que ver con nuestras acciones y realizaciones cotidianas.

Igualmente, y como parte de nuestras carencias educativas, el tema de la *fundamentación* del valor también nos resulta ajeno y este desconocimiento colabora en nuestra ausencia de ética. No sabemos de dónde proviene el sustento de los valores que afirmamos y supuestamente seguimos, y muchas veces tampoco sabemos que deben estar fundamentados. Esto explica además, que diversas personas a lo largo de su vida hagan suyo un sustento popular con miras a ordenar sus vidas y establecer una suerte de fundamento moral que los oriente en sus acciones y les ayude a delimitar el bien del mal. Se trata del conocido 'no hagas a otro lo que no quieres que te hagan' que, en la práctica, para muchos constituye el fundamento de sus acciones.

La fundamentación de los valores

Es preciso señalar que, si bien es posible tener distintas maneras de fundamentar los valores –y de hecho las tenemos a través del tiempo y las culturas–, es necesario que dicha base exista en toda propuesta ética, para que ésta tenga validez y pueda regir como tal. Asimismo, debe tomar en cuenta a todos los seres humanos y no la conveniencia de algunos en particular, dado su interés en la vida buena.

En nuestro caso particular, las dos propuestas éticas que forman parte de nuestro bagaje histórico-social occidental, es principalmente la cristiana –cuyo fundamento es Dios– y la de Thomas Hobbes –en la que el fundamento es el 'consenso' o 'pacto social'–. La diferencia más importante entre ambas propuestas está en que la cristiana se cimenta en la fe y la del pacto social en la razón, siendo esta diferencia uno de los motivos por los cuales hay una gran irresponsabilidad y contradicción en los comportamientos de los peruanos, así como considerable confusión en torno a la ética.

Cabe agregar, que en la práctica, los valores de ambas propuestas no discrepan en gran medida. Sin embargo, es muy distinto que el ser humano *reciba*

esos valores de su Dios (recordemos a Moisés recibiendo de Dios los *Diez Mandamientos*) a que *crea* en ellos por un proceso racional –lo cual no excluye su creencia en Dios, sino que lo sitúa en un nivel diferente de comprensión y lo hace más comprometido, autónomo y responsable–. El proceso de autonomía requiere que nos responsabilicemos de nuestra vida y que no deleguemos en otros, ni en Dios, nuestras decisiones fundamentales. De allí, que la 'autonomía' se asocie con la 'adultez'.

Hacia la formación de una conciencia moral

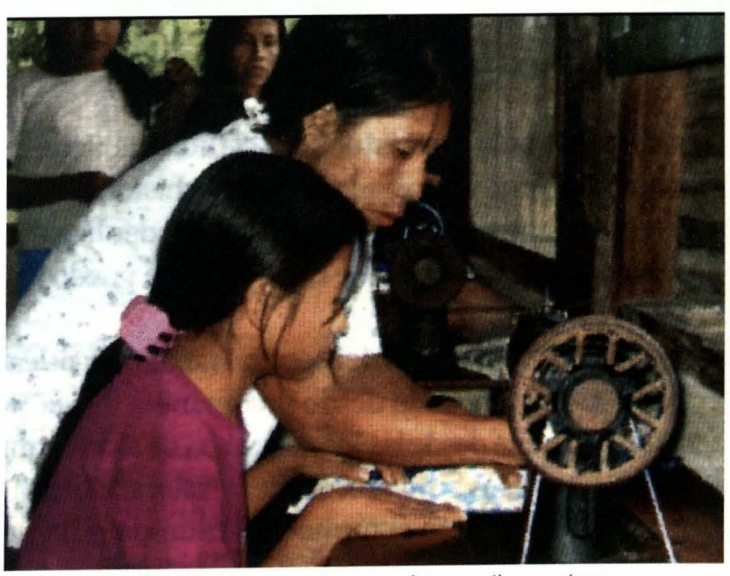
Es importante detenernos en el tema de la interiorización del valor, o de la norma en general, dado que mientras que los peruanos no comprendamos su necesidad, la vida entre nosotros no tendrá posibilidad de mejorar y seguiremos viviendo presos de la violencia, la injusticia y la prepotencia.

Por otro lado, pretender hoy insistir en que hay que inculcar, o recuperar, valores de una manera acrítica, o impositiva, no dará mayores resultados porque habiéndonos llegado la autonomía como un 'bien ajeno' no la sabemos ejercer responsablemente. El peruano actual, posmoderno, se siente libre para ejercer su deseo de disfrute como mejor le guste y no es sino a través de un proceso de concientización –en el que este ser libre se *involucre activamente*– que la situación que vivimos actualmente, se puede revertir en el tiempo. Adicionemos, los hechos vividos en los últimos años en el país, que deterioran más nuestra ya precaria *conciencia moral,* que es la que *nos indica cómo debemos 'comportarnos bien'* ante las diversas circunstancias que se nos presentan en la vida.

Es por este motivo, que urge idear algún ejercicio que nos ayude a *interiorizar la necesidad del valor* y a formar –o fortalecer–, así, nuestra conciencia moral. Por ejemplo: los peruanos deberíamos preguntarnos *qué nos motiva a actuar.* Es decir, tratar de esclarecer, para nosotros mismos, nuestra intención en la acción: por qué vamos a hacer lo que estamos pensando hacer –oportunismo, bondad, sólo mi propio bienestar, mi bienestar y el de los demás, salir del apuro, utilidad–. Este ejercicio tiene una inspiración kantiana, dado que lo que Kant propugnó fue que antes de realizar una acción pensemos si las máximas (principios particulares) que la rigen podrían acceder al *status* de leyes universales (principios válidos para todos).

Otro ejercicio fundamental, esta vez de inspiración aristotélica, es preguntarnos *qué consecuencias tendrá la acción que realicemos.* Dicho de otra manera, ¿qué voy a lograr con lo que quiero hacer?, ¿cómo va a repercutir mi acción sobre mí mismo y sobre los demás? ¿Va a ser un logro correcto, elogiable, dignificante, positivo, o, más bien, va a ser un logro incorrecto, sancionable, indigno y negativo? ¿Vamos a dañar a otros con nuestros actos ó los vamos a dejar ser en su voluntad? Las preguntas planteadas en estos dos ejercicios son las que, de diversa manera, están presentes en una persona que tiene 'conciencia moral'.

Y si nos detenemos en ellos, veremos que tienen *una constante:* estamos haciendo una *reflexión. En efecto, la ética presupone siempre reflexión o capacidad reflexiva.* La moral no surge en un pueblo, hasta que sus miembros acceden a un nivel de reflexión frente a sus acciones y vivencias. Esto no sólo apoya nuestra idea de que no hay que transmitir valores de manera memorística o acrítica, sino también permite entender por qué los peruanos nos comportamos cada vez de manera más inmoral. La respuesta aquí está en que los peruanos somos cada vez más 'cortoplacistas' y *el* 'cortoplacismo' *es una actitud pre-reflexiva* –e inclusive, a veces, hasta irreflexiva–.

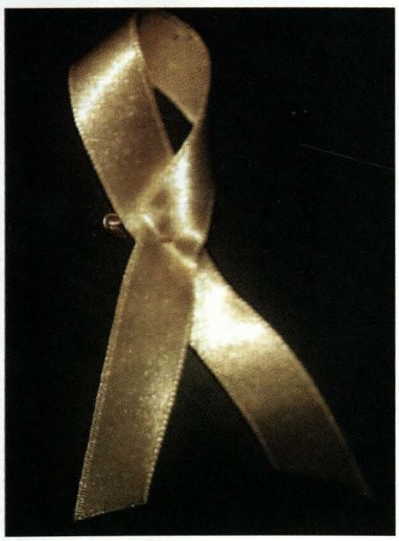


Los peruanos deberíamos preguntarnos qué nos motiva a actuar.



Gisèle Velarde La Rosa.
Filósofa social, especialista en ética y filosofía política, es Licenciada en Filosofía y egresada de la Maestría de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en donde fue docente de filosofía y ética durante más de diez años. Ostenta, también, un postgrado en Relaciones Internacionales de l'École des Hautes Études Internationales, París, Francia. Su trabajo se caracteriza tanto por la docencia e investigación académica como por la proyección social de las ideas, a través de actividades culturales (CCPUCP, Alianza Francesa, Petroperú, Antares) y de consultorías y proyectos de desarrollo (UPC, Fundación Ferreyros, Escuela Naval, Apoyo, GRADE). Ha dictado múltiples conferencias y publicado diversos artículos. Actualmente, escribe su primer libro.

Que nada nos importe, salirnos a cualquier precio con nuestro gusto, que lo mismo dé 'Chana que Juana', que sólo me interese mi provecho inmediato y personal, son los rasgos claros de un 'cortoplacismo' que evidencia la ausencia de reflexión propia de la inmediatez de la acción. La 'viveza criolla' que nos caracteriza, responde precisamente a esta mentalidad 'cortoplacista', donde sólo importo yo y no los demás. 'El vivo' se mueve sólo motivado por su interés inmediato, personal y autosubsistente. Con el tiempo, el negociante que hace negocios sucios y compra a todo el mundo, sufre el rapto de un hijo o la intimidación de su familia; la autoridad que abusa de su poder es sancionada por el sistema o, peor aún, sufre la venganza del que suele tomar la justicia en sus propias manos. Y cuando el caos moral es tan grande, como es el caso actual en el Perú, los inocentes son juzgados como culpables y los culpables aparecen como inocentes. La vida, entonces, pierde su valor y el ser humano se denigra hasta el nivel de una cosa, que puede ser manipulada al antojo de unos y ante la pasiva mirada de todos.



El sentido de la educación en valores

¿Tiene entonces sentido educar en valores? Por todo lo dicho hasta aquí, es evidente que no sólo sí tiene sentido una educación moral, sino que en el Perú es urgente realizar un trabajo de esta naturaleza en los diversos niveles y en todos los sectores de la sociedad. Una forma de hacerlo, es comenzar a esclarecer los temas que le son pertinentes, reflexionar y dialogar al respecto.

Hoy en día, no se considera que los valores sean inherentes al ser humano. En general, esa creencia corresponde a los periodos premodernos previos al siglo XVI, en los que se pensaba que los valores eran otorgados al hombre por Dios (cristianismo), o que el alma los conocía antes de nacer pero los olvidaba al unirse al cuerpo, y que era a través de la educación que los recordábamos y reconocíamos en nosotros (Platón). A partir del siglo XVI se abrió paso a la autonomía racional y el ser humano comenzó a establecer –él mismo– qué es un valor. Podríamos decir que 'crea los valores racionalmente', sea a través de un consenso racional empírico (Hobbes, Locke) o a través de un consenso racional *a priori* (Kant).

No obstante, lo importante ahora, y *para los fines de la vida,* no es tanto si los valores son inherentes ó creados por el hombre, sino que su existencia es necesaria para la vida en común. *Lo que es fundamental para la vida es que tengamos valores*. Es decir, más allá de nuestras creencias particulares y culturales sobre el origen de los valores, *resulta necesario que* los valores tengan una *existencia* y *viabilidad* en la realidad a través de nuestras acciones. Y que 'educar en valores' sea siempre una tarea necesaria para toda vida en comunidad.

Ahora bien, ¿quiénes deben o pueden educar en valores? Más allá de las diversas disciplinas que educan o discuten sobre la ética, el tema de la 'educación en valores' es una preocupación fundamentalmente ligada al ámbito de la educación, mientras que 'la ética' es una rama de la filosofía. Entonces, en principio, el educador –en valores– debe trabajar sobre lo aportado por el filósofo, cuya especialidad es la ética. No obstante, esto no restringe la 'educación en valores' sólo al educador y al filósofo, y menos aún cuando *en la práctica* pocos de ellos asumen esta responsabilidad o son coherentes con sus principios. Por otro lado, personas de diversas vertientes del conocimiento pueden educar en valores y de hecho lo hacen.

Un *real* 'educador en valores' es quien ha internalizado en sí la diferencia entre el bien y el mal, y que está consciente de que esa diferencia debe existir para que la vida sea vivible; tiene una conciencia *moral*. Y sobre todo, un 'educador en valores' es una persona dispuesta a 'ejercer' o hacer valer sus valores cuando la situación lo requiere: está dispuesto a decir la verdad cuando los demás mienten; está dispuesto a no robar cuando los demás roban; está dispuesto a respetar al otro cuando la mayoría lo discrimina, lo maltrata y no lo reconoce.

Así, e*l verdadero educador en valores se muestra en las circunstancias límite,* cuando todos claudican y cuando el bien y el mal se han vuelto indiferenciables para la mayoría. Son estas personas las que no claudican, las que le dan existencia y sentido a los valores. La gran tarea de la 'educación en valores' es lograr que estas personas crezcan en número e intención. La diferencia en la calidad de una vida está en cómo la vivimos, y una vida con ética debe resultarnos claramente mejor, aunque como todo lo que vale en la vida implique un esfuerzo constante. ⚓